

TÓPICOS

DE

Un viaje por los tópicos
de España **comunidad**
a **comunidad**

FERNANDO GARCÉS y JORDI VICENTE

ESPAÑA



Ariel

ÍNDICE

PORTADA
INTRODUCCIÓN
HISTORIA TÓPICA DE ESPAÑA
ANDALUCÍA
ARAGÓN
ASTURIAS
BALEARES
CANARIAS
CANTABRIA
CASTILLA
CATALUÑA
CEUTA Y MELILLA
EXTREMADURA
GALICIA
LA MANCHA
LA RIOJA
LEÓN
MADRID
MURCIA
NAVARRA
VALENCIA
PAÍS VASCO
AGRADECIMIENTOS Y BIBLIOGRAFÍA
CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN

UN PAÍS CON MUCHOS LUGARES COMUNES

La palabra tópico viene del griego *topikos*, que significa «relativo a un tópos (lugar)». Esta misma palabra está en el origen de la topografía, la ciencia que delinea detalladamente la superficie de un terreno, y de la toponimia, el estudio del origen y significación de los nombres de un país o región. En la literatura, los tópicos son expresiones o esquemas formales de los que se sirven los escritores con frecuencia, configurando los llamados «tópicos literarios».

Faltan estudios que especifiquen cuándo y cómo la palabra griega *topikos* se convirtió en tópico, como sinónimo de estereotipo, cliché o típico. En cualquier caso, parece que es una palabra que encaja con la costumbre, tan humana, de juzgar a los habitantes de otros lugares distintos a los nuestros a través de una serie de fórmulas simplificadas. Y es que los tópicos son un buen «remedio» para explicar casi cualquier lugar, en especial cuando hay que venderlo o criticarlo. En efecto, los tópicos son aliados frecuentes de las guías turísticas y del discurso político y la conversación coloquial. Unos señalan sólo lo positivo de un determinado lugar; otros, lo negativo. Así, Barcelona puede pasar por ser la ciudad de Gaudí y el pan con tomate, o la ciudad de esos tacaños independentistas... De la misma manera, Madrid podría ser la ciudad del Prado y el bocata de calamares o la ciudad de esos chulos centralistas... En general, los tópicos son descripciones que nadie desea para su región o colectivo, aunque todos, tarde o temprano, los utilizamos para designar a otros.

HISTORIA TÓPICA DE ESPAÑA

¿UNA HISTORIA DIFERENTE?

Spain is different. Esta conocida frase surgió en la década de los cuarenta del siglo pasado como lema turístico, pero, desde entonces, no ha abandonado la imagen de España. Ha habido otros eslóganes, pero ninguno ha calado tan hondo. La expresión ha inspirado todo tipo de artículos, chistes y comentarios. Por alguna razón, *Spain is different* expresa mucho más que un mero reclamo comercial. En ese *different*, a modo de cajón de sastre, cabe todo, muy especialmente cuando las cosas van mal. Ahora bien, la historia de España se remonta a muchos siglos atrás. ¿España ha sido siempre *different*?

EL TÓPICO DE LA ARDILLA

Seguro que el lector habrá escuchado alguna vez la historia de la ardilla que podía ir desde Gibraltar a los Pirineos de rama en rama sin pisar el suelo. Hay quien atribuye esta frase a un autor romano: Plinio el Viejo. La verdad, sin embargo, es que dicho autor nunca la escribió. Por el contrario, lo que sí dijo este erudito romano, allá por el año 77, es que una de las riquezas de Hispania era «el esparto de sus regiones desérticas», y añadió: «por lo demás, los montes de Hispania, áridos y estériles y en los que ninguna otra cosa crece, no tienen más remedio que ser fértiles en oro».

Las fuentes clásicas, en lugar de ardillas o águilas, hablan de conejos. De hecho, las mismas palabras España e Hispania, posiblemente, quieren decir «tierra de conejos», del fenicio *I-schephan-im*. Incluso varias monedas romanas

muestran la imagen del conejo como símbolo de Hispania y el poeta romano Catulo se refería a esta provincia como la «cuniculosa Celtiberia» («Celtiberia, la conejera»). Cuando Plinio el Viejo —y otros geógrafos como Estrabón— escribieron acerca de la abundancia de conejos en la Península, también mencionaron sus efectos devastadores sobre los cultivos hasta el punto de constituir una auténtica plaga. Este dato es relevante porque los conejos no viven en bosques frondosos, sino en espacios abiertos...

Desde luego, también hay que tener en cuenta que, si ya había pocos árboles, en ciertas zonas de Hispania, menos quedaron después de las grandes talas necesarias para la actividad de la minería y la construcción de ciudades, acueductos, carreteras y otras grandes obras públicas romanas. No obstante, como sucedió en el resto de Europa, la mayor deforestación se produjo entre el siglo XII y mediados del XV, debido al aumento de ciudades, catedrales, monasterios, barcos, molinos y otros signos de progreso. Recordemos que, en esta época, creció considerablemente la población y se ocuparon territorios antes desiertos o escasamente poblados.

ESTEREOTIPO GRIEGO

A diferencia de los romanos, que entablaron numerosas y continuadas guerras en la Península, apenas se recuerdan conflictos graves entre los comerciantes griegos y los habitantes íberos. En consecuencia, las fuentes griegas miran con muy buenos ojos a Iberia, término preferido por éstas para referirse a la Península. Y, si no nos han llegado tópicos sobre estos antepasados nuestros, sí lo han hecho algunos mitos.

Para los griegos, la península Ibérica estaba situada donde se pone el sol, y era escenario de numerosos mitos relacionados con la muerte y la resurrección. Además, su

ubicación en el extremo del mundo conocido la convertía en el paisaje ideal para las aventuras de un héroe, siempre dispuesto a ir más lejos que sus rivales. Por si fuera poco, mientras Grecia era un país pobre en recursos minerales, en Iberia abundaban los metales preciosos. En consecuencia, son muchos los mitos que convirtieron lo que hoy llamamos España en una región fantástica (El Jardín de las Hespérides, las Islas Afortunadas, la Atlántida, Las Casitérides).

A la idea de que este «Nuevo Mundo» era prodigiosamente rico debemos uno de los primeros chistes sobre España. El griego Posidonio (c. 135-51 a.C.) escribió: «más que reinar en Iberia *Haidēs*, lo hace *Polutos*». Hay que pillar el juego de palabras. *Haidēs* era el rey de los infiernos, también conocido como *Plouton*, mientras que *Polutos*, acabado en «s», era el dios de la riqueza.

ESTEREOTIPO ROMANO

Hispania, el nombre utilizado por los romanos para referirse a España y Portugal, fue el teatro de operaciones de grandes batallas, tanto contra los cartagineses e hispanos, como entre romanos enfrentados en sus continuas guerras civiles. No es extraño, por lo tanto, que la idílica Iberia griega se transformase en la cruenta Hispania romana. Fue entonces cuando tuvieron lugar los sitios de Sagunto (218 a.C.) y Numancia (134 a.C.), así como la lucha contra Viriato (muerto en 139 a.C.) y los cántabros (29-19 a.C.), o la batalla de Ilerda (49 a.C.) entre los partidarios de César y los de Pompeyo. En consecuencia, lo hispano se reviste de tópicos de ferocidad y lucha, aunque también de falta de disciplina. Escribía Lucio Aneo Floro: «Viriato sólo pudo unir las tribus lusitanas, mientras Vercingetorix acaudilló a todo el pueblo galo contra César. Pueblo valiente el hispano, pero torpe para la confederación».

Una vez la región fue pacificada, estos tópicos se alternaron con otros más positivos, heredados de los mitos griegos y las descripciones de las riquezas de Hispania. Son las llamadas *Laudes Hispaniae* (*Alabanzas de Hispania*), si bien, la mayoría de las veces, como sucede hoy en día, España se reduce a Andalucía y el Mediterráneo. A modo de muestra, este texto de Pompeyo Trogo: «Ni la abrasa el sol violento como a África, ni la agotan los vientos continuos como a la Galia; por el contrario, situada entre las dos, goza por una parte de buena temperatura y por otra de lluvias abundantes y oportunas. La salubridad del suelo es la misma en toda Hispania, porque las corrientes de aire no están infectadas por nieblas nocivas surgidas de los pantanos. Añádase a ello las auras marinas y los vientos constantes, que soplan en todas direcciones, los cuales al penetrar por el interior de la provincia renuevan el aire de las tierras, llevando la salud a sus habitantes».

Hacia el final del Imperio romano, también tuvo gran importancia el recuerdo de los grandes emperadores y literatos de origen hispano. Un tal Claudiano escribió: «De ti, Hispania, los siglos recibieron a Trajano; de ti a Adriano, fuente de donde por adopción fluyeron los Elios, Antonio y Marco Aurelio; de ti nacieron Teodosio y los dos jóvenes hermanos Arcadio y Honorio. Cada provincia conquistada por Roma entregó sus dones para el Imperio: Egipto y África, trigo para sus campamentos; la Galia, bravos soldados; la Iliria, sus caballos, cosas todas que se hallan por doquier; sólo Iberia dio un nuevo tributo al Lacio: los Augustos. Ella engendra los que han de regir al mundo».

En contraste con esta imagen grandilocuente, Marcial, un literato romano de origen hispano, prefirió cantar las virtudes de la España rural, alejada de los vicios y la superficialidad de Roma: «Pláceme aquella tierra en donde con poco vivo feliz, donde tenues recursos permiten vivir en la opulencia». En una línea parecida, otros escritores romanos,

influidos por el estoicismo, vieron en los indígenas celtas e íberos una encarnación de la esencia del verdadero romano, antes de ser corrompido por la civilización.

ESTEREOTIPO MEDIEVAL

La imagen de la Edad Media, española o de cualquier otro país europeo, está muy influenciada por las ideas de los escritores románticos del siglo XIX. Autores que buscaron en el pasado la justificación de sus reivindicaciones nacionalistas o un escenario ideal para sus obras más exóticas. Tal vez por ello, uno de los tópicos más repetidos sobre la España medieval no parece encajar con la realidad histórica. ¿Realmente España ha sido un ejemplo de convivencia de las culturas cristiana, judía y árabe?

¿España o Españas?

Para Paul Aebischer, el étnico *español* aparece por primera vez en documentos provenzales del Bearne, en el siglo XII, hacia 1105-1118. Luego, la palabra *español* se repite hasta en veinticuatro ocasiones en el Cartulario de la catedral de Huesca, fechado entre los años 1139 y 1221. En esa época, el rey Alfonso VI, hoy llamado «de Castilla», se denominaba a sí mismo *Hispaniae rex*, *Hispaniarum rex*, *totius Hispaniae rex*, e incluso *Imperator magnificus triunfador* («Rey de España, de las Españas, de toda España» y «Emperador magnífico triunfador»).

Durante los dos siglos siguientes aparecieron los etnónimos de las diferentes comunidades españolas actuales: asturiano, navarro, vasco, gallego, aragonés, catalán, valenciano, mallorquín, etc. Ante el debate generado, algunos historiadores, como Bernard F. Reilly, consideran más oportuno hablar de las «Españas medievales».

En el siglo XX, tuvo lugar un coreado debate entre dos prestigiosos historiadores, ambos exiliados por la Guerra Civil. El primero en opinar fue Américo Castro, desde Méxi-

co, donde publicó *La realidad histórica de España*. Su tesis era que la «forma de ser y de estar en el mundo los españoles» surgió como consecuencia de la confluencia, durante tantos siglos, de las tres religiones medievales: cristianismo, judaísmo e islamismo. Unos años después, desde Argentina, Claudio Sánchez Albornoz replicó esta tesis con otro libro clásico: *España, un enigma histórico*. En su opinión, «no se arabizó la contextura vital hispánica» ni lo hicieron tampoco los judíos. En la actualidad, predomina la visión de Américo Castro, una visión que, curiosamente, ya era la compartida por el monarca castellano-leonés Alfonso X el Sabio. En su *Estoria de España*, leemos: «Ca esta nuestra estoria de las Espannas general la levamos. Nos de todos los reyes dellas et de todos los sus fechos que acaescieron en el tiempo pasado, et de todos los que acaescen en el tiempo presente en que agora somos, tan bien de moros como de cristianos, et aun de judios si acaeciese».

ESTEREOTIPO RENACENTISTA

Aunque suene extraño, una ruta por la España renacentista es una oferta turística muy moderna. A principios del siglo xx, historiadores como H. Wantoch y V. Klemperer defendieron la idea de que España fue «el país sin Renacimiento», arguyendo la pervivencia de diferentes elementos medievales en la cultura española y su obstinada defensa del catolicismo. Otro argumento para sostener esta tesis es la figura de Juan Luis Vives, a quien se describe como uno de los principales humanistas españoles. Pero ¿se le puede considerar español? Sus padres, acusados de ser judíos, murieron en manos de la Inquisición, y él tuvo que emigrar muy joven. Vivió en París, Londres y Brujas, donde se convirtió en un admirado pedagogo y consejero. Nunca regresó a España. La visión de Wantoch y Klemperer, lógicamente, avivó numerosas réplicas y contrarréplicas. Entre los pri-

meros defensores de un Renacimiento español destacaron M. Bataillon, en 1937, y A. Bell, en 1944, que subrayaban la complejidad y la originalidad de este movimiento.

En cualquier caso, la imagen de España en esta época corresponde a la de una potencia militar. Los españoles son, ante todo, soldados: «España sola pare los hombres armados», decía Francisco I de Francia, el rey que compitió con Carlos V por ser emperador y fue hecho prisionero por él durante la Batalla de Pavía, en 1525.

En un principio, a caballo entre la Edad Media y el Renacimiento, estos soldados fueron los de la Corona de Aragón y, más concretamente, los catalanes, el grupo más visible durante su expansión por el Mediterráneo. En Grecia aún es utilizada la expresión «¡Así te alcance la venganza catalana!». Frase acuñada hacia 1319, año de la conquista del Ducado de Neopatria, en Atenas, por los almogávares, una tropa de soldados de fortuna. Dante, el primer poeta renacentista italiano, censuró la avaricia de los catalanes. A esta temprana ojeriza contribuyó también la mala prensa de la valenciana familia Borgia, a pesar de haber sido mecenas de artistas como Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, Tiziano o El Bosco. Hacia 1500, sin embargo, las críticas son dirigidas contra los españoles en general. A modo de muestra, Gonzalo Jiménez de Quesada, en su libro *El Antijovio* (1567), escribía: «Sobre todas las naciones contadas y sobre todas las demás que ay derramadas por el mundo, tienen este odio particular que emos dicho contra España los ytalianos».

Después del saqueo de Roma por las tropas imperiales de Carlos V en 1527, los romanos acusaron a los españoles de «*Judei, Perfidi, Marrani, Hispani, Lutherani*» («Judíos, Pérfidos, Marranos, Hispanos, Luteranos»). El origen germano del monarca, así como la presencia de tropas germanas en sus ejércitos, posibilitó incluso ese último insulto tan contradictorio para un español, fiel defensor del catolicismo, como «*Lutherani*». En los cuentos italianos, el persona-

je que comete sacrilegios es un moro o un judío español. Visión alimentada por una duda que, como veremos más adelante, nunca abandonó del todo la imagen de España en los siguientes siglos. La larga presencia de «marranos» en la península Ibérica permitía acusar de impureza religiosa y racial a todos sus habitantes. Algunos autores ridiculizaron incluso «el color español» (entre oliváceo y cadavérico), atribuyéndolo a las mezclas raciales que habían tenido lugar en España. Impureza que se traducía también en la inmoralidad tanto de las mujeres como de los hombres.

Los vicios

«Cuatro son los vicios de los españoles [...] el primero, el exceso de trajes, [...] el segundo, la deshonra en España del oficio mecánico por cuya causa hay abundancia de holgazanes [...] el tercero, las alcuñas de linaje [...] y el cuarto, que la gente española no sabe ni quiere saber.»

Alejo Venegas (c. 1497-1562), humanista español, nacido y muerto en Toledo.

No acaba aquí la lista. Amparados en su patrimonio artístico, los italianos consideraban a los españoles burdos e incultos y a sus ejércitos, aunque vencedores, sin otro mérito que la fuerza bruta, la crueldad, la perfidia y la rapacidad. Por otra parte, también es cierto que los italianos renacentistas consideraban bárbaros a todos los extranjeros que invadían su territorio. No obstante, resulta significativo que uno de los personajes que nunca falta en la *Commedia dell'Arte* sea el *capitán español*. Un personaje soberbio e insolente, y que a pesar de estar arruinado, utiliza siempre un lenguaje rimbombante y modales jactanciosos. En la actualidad, sin embargo, se prefiere resucitar los préstamos culturales entre pintores, músicos y otros artistas y eruditos de ambos países.

ESTEREOTIPO BARROCO

En esta época de graves penurias y tensión social, empezaron a surgir los tópicos que, más tarde, marcarán el carácter de las actuales autonomías, así como algunos de sus tópicos y gentilicios específicos: la avaricia de los catalanes, el mote de montañeses para los cántabros, la imagen de rústicos de los gallegos o las burlas por la forma de hablar el castellano de los andaluces y los vascos.

En el extranjero, se atribuyen a España no pocas desgracias, pero también lo hacen los españoles de sus vecinos. Especialmente duras fueron las críticas contra los portugueses y los genoveses, debido a su posición relevante en la administración o las finanzas. En cualquier caso, como observa el hispanista Joseph Pérez, a pesar de esas críticas, también es cierto que España marcaba tendencia en aquella época: «Los franceses se volvían locos por aprender su lengua, copiaban sus guantes y sus trajes de cuero, el propio Luis XIV adaptó la etiqueta de las cortes de los Austria e, incluso, Pascal se rendía ante santa Teresa y san Juan de la Cruz». No obstante, esa misma admiración producía rechazo, como hoy en día, *mutatis mutandis*, lo hacen los Estados Unidos: se los critica pero su moda está presente en todas partes. Por lo tanto, las diatribas lanzadas contra España sólo forman una parte de la percepción general.

ESTEREOTIPO ILUSTRADO

¿Hubo Ilustración en España? Ya planteamos una pregunta similar al hablar del Renacimiento, y la respuesta aquí también es parecida. El peso del estereotipo de «país de curas» ha eclipsado casi siempre sus logros científicos y culturales. Recordemos que una de las principales características del pensamiento enciclopedista francés —el que sirve de modelo para hablar de Ilustración— fue su hostilidad hacia las religiones reveladas, y España seguía anclada a la

sombra de la Inquisición. Para mayor confusión, muchos ilustrados españoles fueron eclesiásticos, aunque honestamente preocupados por reformar la Iglesia. En la actualidad se reconoce la difícil —y, por eso mismo, más meritoria— labor de difusión de los conocimientos y adelantos de su tiempo llevada a cabo por ilustrados españoles. Sin embargo, durante muchos siglos su imagen fue negativa. Y no sólo fuera de nuestro país, sino incluso entre los propios españoles, que los tachaban de afrancesados.

Resulta curioso comprobar cómo nos veían desde Francia. Voltaire, en 1766, escribía: «España es un país del que sabemos tan poco como de las regiones más salvajes de África. Pero no vale la pena conocerlo». Y Nicolas Masson de Morvilliers, en su contribución a la *Encyclopédie Méthodique* (1783-1808), añadió: «¿Qué se debe a España? Desde hace dos, cuatro, diez siglos, ¿qué ha hecho España por Europa?». La respuesta, entonces, fue nada. Para la Europa de esa época, España era sinónimo de incultura, atraso, fanatismo y pereza. ¿Qué atractivo podía haber en visitarla? Los únicos extranjeros que se aventuraban en ella eran los que tenían obligaciones diplomáticas, religiosas, militares o políticas. En sus relatos acusaban a los españoles de ser poco hospitalarios. En 1738 Charles-Frédéric escribió de ellos que eran «holgazanes y perezosos y se preocupan muy poco por los asuntos de su prójimo [...] No se relacionan fácilmente con los extranjeros, de los que en general, hacen poco caso».

También hubo, aunque pocos, algunos testimonios favorables, como los del diplomático Louis de Rouvray, duque de Saint-Simon y, en especial, el de los viajeros alemanes. Autores como Von Pillnitz, Baum Gärtner, Hager, Fischer o Linck abonaron el terreno para la hispanofilia germana, cuando Goethe y otros románticos alemanes manifestaron un profundo interés por la literatura española del Siglo de Oro. De manera parecida, los viajeros ingleses (Clarke, Cumberland, Bowles, Dillon, Southoy, Harvey, Dalrymple,

Baretti, Jardine o Swinburne) también anticiparon la simpatía anglosajona por España. Swinburne fue el primer autor extranjero en hacer distinciones entre andaluces, valencianos, catalanes, castellanos o vizcaínos.

ESTEREOTIPO ROMÁNTICO

Durante el siglo XIX, España ha dejado de ser una amenaza y sus antiguas enemigas, Francia e Inglaterra, se enamoran del país, y lo hacen a través de tópicos bien conocidos: los toros, la pasión y el exotismo medieval. Una admiración que no evita la visión de los españoles como vagos, exagerados y atrasados. Como escribe Enrique Moradillos: «La crueldad hispana se convirtió en valentía indómita, el execrable fanatismo devino pasión indomable, y la soberbia altanera se hizo orgullo patriótico e individualista».

El siglo XIX es también la época en que la historia y la cultura española devienen objeto de estudio académico a través del hispanismo. Mientras los viajeros de los siglos anteriores se negaron a visitar cualquier región que no fuera absolutamente necesaria en su viaje a la corte o a las ciudades más ricas, los románticos se entusiasman por el descubrimiento de los rincones pintorescos de España: cuanto más remoto y olvidado, mejor. Incluso el riesgo de ser asaltado por un auténtico bandolero español se convirtió en un poderoso reclamo turístico. Algunos de ellos, en sus diarios y cartas, llegaron a quejarse precisamente de no haberse topado con ninguno de ellos.

En pocos años el número de viajeros a España creció espectacularmente, y éstos llegaban por placer y no debido a obligaciones diplomáticas, como en los siglos anteriores. El nuevo reclamo era sentir las experiencias relatadas por los mejores escritores del momento: Prosper Mérimée, el autor de *Carmen*, George Sand, la novelista que puso de

moda Mallorca, o Washington Irving, el mejor embajador de la España árabe con su éxito de ventas *Cuentos de la Alhambra*...

LA OTRA ESPAÑA ROMÁNTICA

El artículo «Vuelva usted mañana», escrito por Mariano José de Larra, fue publicado en *El Pobrecito Hablador* el 14 de enero de 1833. En él, un francés viene a España por negocios que pretende resolver en quince días, pero Fígaro —el seudónimo de Larra— le advierte que va a necesitar unos cuantos meses. «Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida a la boca.» Diez años más tarde, el poeta francés Théophile Gautier visitó España y, en su diario, escribía: «Dad a un español una sombra en verano y sol en invierno, un pedazo de pan, ajo, aceite y un puñado de garbanzos, una capa parda y una guitarra, y el mundo puede seguir girando a su antojo. ¿Hablaré de pobreza? Para él no es una desgracia. Le sienta tan bien como una capa raída». Esta peculiar naturaleza tenía sentido. De acuerdo con el pintor impresionista Henri Fantin-Latour, también francés, «por una feliz compensación, allá donde el rico es avaro, Dios ha hecho al pobre más sobrio aún».

Ahora bien, ese motivo de queja era, en realidad, un reclamo turístico. ¿Qué sentido tenía visitar España y no conocer su legendaria pereza y atraso? «¡Cierra, Córdoba, tus puertas de celosía al espíritu burgués de este siglo!», clamaba el francés Edgar Quinet en un arrebató emocional muy propio de los artistas y escritores decimonónicos. Y añadía: «¿Será posible que la caballería del Gran Capitán vaya a ser reemplazada por la aristocracia financiera? Estoy dispuesto a aceptar que el resto de la humanidad sea dominado por la codicia y los valores materiales, pero espero que al menos este jardín del honor siga estando abierto a los constructores de sueños». Quizá ningún escritor reflejó